

Si mis recuerdos históricos no van errados sé que unos mercaderes de Tiro iban con su mercancía de nitro para la Meca. El viajero en aquellas comarcas tiene que habérselas con el desierto. El desierto es la arena, la soledad, el viento, la sofocación, la negación en cierta manera y la materia simbolizando la nada.

Al pernoctar en medio del polvo arenoso del sendero; al desembarazar los camellos de su pesada carga; al tiempo de pensar en el alimento y su preparación, hubo una dificultad. Los viajeros tenían combustible y batería de cocina; pero en la superficie plana y sin piedra del terreno, el hogar era imposible; imposible no, el *salpêtre* estaba cristalizado y formaba grandes masas; tres fragmentos de él colocados metódicamente recibieron la olla y dejaron espacio suficiente para la combustión. El fuego chisporroteó bien pronto; el agua hirvió; la sopa despidió el olor apetitoso de su preparación definitiva; los traficantes comieron, se acostaron luego bajo el gran kiosco del Oriente que se llama el Cielo y despertaron al siguiente día para recoger su caravana y continuar su marcha.

Al tomar los pedazos de nitro que habían servido para reemplazar los guijarros que se emplean en la construcción del fogón popular, hallaron en vez de ellos una enorme y bella masa compacta, resistente y limpia como el agua: más que el agua. Levantada, esa sustancia al aire y mirando a su través, percibieron por primera ocasión que la luz del día la traspasaba sin romperse; que era diáfana, más que diáfana, transparente, y que el mundo se divisaba más allá como si solo una gasa de éter se interpusiera entre él y las miradas.

¿Qué había sucedido?

Había sucedido que el calor producido por la combustión de la leña había fundido la potasa del nitro, y que esta fusión, fundente a su vez, había derretido el cuarzo de que estaba compuesta la arena o sea el ácido silícico dando lugar a la formación de un nuevo compuesto.

¿Qué más había ocurrido?

Había ocurrido algo soberanamente trascendental y maravilloso. La mano de Dios, valiéndose de eso que los hombres llaman neciamente casualidad, había hecho al hombre esa revelación altísima y sorprendente que él llama “El Vidrio”.

¿Y qué era el vidrio?

Era el instrumento de la luz; era algo mejor, era la luz misma, pero no solo la luz sideral, la luz del Sol y de las estrellas, era en cierto modo la luz de la inteligencia, la luz del alma.

¡Y, cosa bien rara!! la luz del Sol nos llega todos los días por el lado del Oriente, la luz traída por el vidrio nos ha venido del mismo lado.

Este hallazgo era bastante tocable, bastante sólido, bastante compacto y bastante material, para que el hombre, aún en aquella época, pudiera desentenderse de sus aplicaciones naturales. Parece que este nuevo elemento de poder y de fuerza, al incorporarse, al asumir forma propia hubiera dirigido la vista al pasado para extender el brazo y dar un fuerte apretón de manos a la brújula, para fraternizar con ella, para invitarla a mirar el porvenir y saludar en lo hondo de los siglos sus dos providenciales hermanas: la pólvora y la imprenta. La brújula y el vidrio pudieron decir desde entonces: cuando toda la familia esté reunida la barbarie huirá espantada. Brújula, vidrio, pólvora e imprenta, he aquí el gran cuadrilátero de la civilización moderna.

Y, en efecto, siguiendo solo las consecuencias del vidrio, en sus infinitas e incalculables manifestaciones fenomenales, veamos rápidamente algo de lo acontecido.

Vinieron los lentes derivados de él. El cielo estaba todavía oscuro, el caos bíblico no se había despejado totalmente; llegó el telescopio, y el hombre se hizo como por milagro habitante de la inmensidad, vivió en la creación, vivió con Dios, vivió en el seno de Dios.

Hacia abajo había otro abismo. Este abismo más reducido en apariencia, pero ciertamente tan vasto y sin fronteras como el anterior, era tan oscuro y misterioso como él. Era el mundo de lo infinitamente pequeño, como el otro el de lo inconmensurablemente grande. El microscopio lo tomó por su cuenta, lo desarrolló en sus detalles, reveló sus arcanos, abrió sus puertas, y la claridad se hizo. Los anteojos terrestres y marinos, los instrumentos de física y matemáticas dijeron a la guerra, a la industria, al comercio, a la geografía y en fin a la ciencia toda: “Mira, observa, ve, examina, investiga, coge, todo es tuyo”.

Los anteojos de bolsillo dijeron a la vez a la miopía, a la presbiopía y a la catarata, a la última: “Tú no serás la tiniebla, ni lo oscuro ni lo negro, serás la claridad”; y a las primeras: “Vosotras dejaréis de ser dolencias”.

Un lente convexo pareció decir al Sol: “Ah, conque tú eres el calor, la vida, la energía; permite al menos que a tu paso arrebaté alguna parte de tu esencia en mi provecho”. Esta frase parece formulada por Arquímedes en frente de las naves romanas. Ella recordaría la leyenda del espejo ustorio.

Era preciso que la economía doméstica cambiara sus utensilios groseros y ordinarios por algo de más brillo y de más ornato. “Allá van”, dijo el vidrio, y empujó sobre el recinto doméstico una corriente de vasos, fuentes, arañas, platos, láminas, espejos, juguetes y toda clase de instrumentos de agrado y utilidad.

A la Química dijo: “Yo soy la reacción de las reacciones; atrás los viejos recursos de la alquimia; fuera esa cargazón inútil de vasijas podridas; campo para la [ilegible], la retorta, el matraz, los tubos de ensayo, el mortero y para todo lo que sale de mi carácter y es mi

El vidrio

esencia”. Con este poderoso auxiliar, el hombre ha entrado en el fondo y en las entrañas de la materia, se ha apoderado de sus secretos, ha concebido sus afinidades, ha presenciado sus repulsiones, ha alcanzado la fórmula de sus leyes íntimas y ha empujado la ciencia con una fuerza de titán.

Los pueblos fabricaban para los reyes y para los potentados bellísimos palacios pero el vidrio más generoso y más noble ha dicho: “Mi reino es la industria”, y ha elevado para ella palacios de cristal.

Miremos un niño, hagámosle ver su sombra estampada sobre una pared opuesta o por reflexión copiando su imagen en la tersa luna de un espejo.

¿Qué hará este niño? Hará esfuerzos por empuñarla y sujetarla.

El mundo fue siempre semejante a ese niño queriendo coger la sombra y debatiéndose para ello en estériles esfuerzos.

Llegó el vidrio y dijo: “Yo la cojo”, y se apoderó de ella en el daguerreotipo.

Luego, para ensanchar el campo de sus victorias llegaron el campo del diorama, el cosmorama, el estereoscopio, el binóculo, el prisma, el espectroscopio y mil hallazgos e inventos más subordinados todos ellos al cuerpo nuevo revelado por la casualidad en el medio del desierto.